

¿UN MODELO LITERARIO DE LA DESCRIPCIÓN DE LA PESTE DE ATENAS?

In this paper the author tries to suggest that behind the thucydidean description of the pest lies a literary model, the sophoclean description of the pest at Thebes (*Oedipus Tyrannus*).

Dentro del conjunto de problemas que plantea el estudio de la obra histórica de Tucídides uno de los más apasionantes es el de la relación existente entre la *Historia* y el *Corpus* hipocrático. Dicha relación se presenta, a los ojos de los investigadores, en tres niveles: 1. Hasta qué punto el «método» hipocrático ha servido al historiador para establecer el suyo propio; 2. En qué medida la descripción de la peste de Atenas sigue la metodología y la técnica hipocráticas, y 3. Qué tipo de enfermedad epidémica es la que se oculta detrás de la narración tucidídea.

El tercer punto —que no es evidentemente aquí nuestro tema— no ha encontrado, todavía, hoy por hoy, una solución definitiva¹: las diversas enfermedades propuestas² a lo largo de la historia de la crítica ofrecen

¹ Véase, a este respecto, el último estudio dedicado al tema —al menos, dentro de la bibliografía conocida por nosotros— por J.A.H. Wylie-H.W. Stubbs, aparecida en *CIQ* 33, 1983, p. 6 ss., donde los autores señalan las dificultades que se plantean, a la hora de diagnosticar, debido al fenómeno, señalado por Poole y Holladay (*CIQ* 29, 1979, p. 282 ss.), según el cual muchas enfermedades infecciosas tienden a perder virulencia en el curso del tiempo, de modo que algunas pueden haber perdido, a lo largo de los siglos, los terribles efectos que en su momento producían.

² Estas han sido muchas:

Viruela: defendida por R. Kobert («Ueber die Pest des Thukydides», *Janus* 4, 1899, p. 240 ss.); B. von Hagen («Die sogenannte Pest des Thukydides», *Gymnasium* 49, 1938, p. 120 ss.); Litmann («The Athenian Plague», *TAPhA* 180, 1969, p. 24 ss.).

Peste bubónica: defienden esta candidatura, entre otros, J.A.F. Ozanam (*Histoire médicale générale et particulière des maladies épidémiques, contagieuses et épizootiques*, Paris 1835, IV, p. 6 ss.); H.M. Hooker («Buboes in Thucydides?», *JHS* 78, 1958, p. 78 ss.); E.W. Williams («The sickness at Athens», *Greece and Rome*, 9, 1962, p. 109 ss.).

aspectos positivos que las convierten en posibles candidatas, pero, a su vez, plantéase asimismo la cuestión de aspectos negativos que eliminan, en gran parte, los aspectos positivos de tales candidatas. Por otra parte, los avances de lo que viene llamándose «paleodiagnóstico» desde hace algunos lustros ha posibilitado la aparición de objeciones a creencias que habían sido tenidas como definitivas para la identificación de la epidemia que asoló Atenas en 430-429 a.C.³.

El punto 2 ha hecho correr últimamente bastante tinta. Suele aceptarse que detrás del texto tucidideo se halla parte al menos de la literatura médica del siglo V, en especial *Epidemias III* y *Pronóstico*⁴, o, cuando menos, que el autor conoce bien la terminología médica de la época, punto en el que reinaba una general *communis opinio* hasta que A. Parry avanzó

Escarlatina: J.D. Rolleston, *The history of Acute exanthemata*, Londres 1937, p. 49 ss. (con Collier, en 1857, y Allbut, *Greek Medicine in Rome*, Londres 1921, p. 34 ss., como precursores).

Sarampión: esta candidatura ha sido especialmente defendida por J.F.D. Shrewsbury («The plague at Athens», *Bull. Hist. Medicine* 24, 1950, p. 1 ss.) y muy brillantemente por alguien que, sin ser médico, era un buen filólogo y que se había bien asesorado en los aspectos médicos: D. Page, en uno de los trabajos más completos sobre el tema («Thucydides' Description of the great Plague at Athens», *ClQ* 3, 1953, p. 98 ss.).

Fiebre tifoidea o tifus exantemático, en lo que tiene de síntomas parecidos: ha sido propuesta esa candidatura, entre otros, por R. Crawford (*Plague and pestilence in Literature and Art*, Oxford 1914, p. 23 ss.), y especialmente por W.P. MacArthur («The plague at Athens», *Bull. Hist. Medicine* 32, 1958, p. 242 ss.), y por T. Ferguson (por carta citada por Gomme en su *Hist. Comm. on Thucydides*, II, p. 150).

Otras enfermedades propuestas: *ergotismo* (Finley, *Thucydides*, p. 158 ss.), *gripe*, incluso *sífilis*. La última propuesta es la de Wylie-Stubbs (en el artículo antes citado), que defienden la *tularemia*, provocada por la *franciscella tularensis*.

³ Sobre las etapas por las que ha pasado la ciencia del paleodiagnóstico cf. las notas de H. Sigerist, *History of Medicine*, I, Nueva York 1967, que puede completarse con el capítulo introductorio de M. Grmek, *Les maladies à l'aube de la civilization occidentale*, París 1983. La ciencia nosológica moderna, de acuerdo con dichos historiadores, ha adoptado hoy en día nuevos métodos para enfrentarse con el concepto y la historia de la enfermedad. Por lo pronto, y dado que «una enfermedad es un código para indicar un mensaje complejo cuyo contenido detallado está cambiando continuamente» (Poole-Holladay, art. cit., p. 283), se sigue de aquí que el nombre concreto de una enfermedad es de aplicación limitada fuera del espacio y el tiempo a los que tal enfermedad pertenece. Es decir, el código varía con las condiciones naturales de cada región y de cada época (cf. E.H. Ackernecht, *Geschichte und Geographie der wichtigsten Krankheiten*, Stuttgart 1963). A la bibliografía citada sobre paleodiagnóstico, añádase el trabajo de L. von Karoly, «Palaeopathologie» (*Arch. f. Geschichte der Medizin* 54, 1970, p. 398).

⁴ En general suele compararse la descripción de la peste con la descrita por *Epidemias III* 4.

algunas objeciones a esta creencia casi general⁵. Respecto al punto 1, la tesis defendida por Schadewaldt⁶ en el sentido de que Tucídides se había propuesto, con su obra, ofrecer una especie de «manual para el estadista» inspirándose en el modelo que era, para los médicos, el *Corpus* hipocrático, fue rebatido en la famosa reseña que de la obra del filólogo alemán hiciera E. Kapp.

Pero el tema que nos interesa abordar aquí es el de la génesis psicológica de la obra tucidídea, porque ese punto encierra una relación muy directa con el problema del sentido último de esa obra. A raíz de las discusiones sobre el término *πρόφασις*, por ejemplo, se han desatado interesantes cuestiones sobre las relaciones existentes entre Hipócrates y Tucídides. Tales discusiones han puesto de manifiesto que hay un cierto lazo entre el médico y el historiador. Pero también es un hecho bien conocido que tal discusión no ha llegado a un acuerdo entre los filólogos, aunque todo apunta a la creencia de que hay que aceptar la tesis de Galeno, de acuerdo con la cual *πρόφασις* tenía un sentido ambiguo en el *Corpus* hipocrático⁷. F. Robert, por ejemplo, ha podido escribir, recientemente, en un erudito trabajo sobre el tema⁸, que «il est certain que Thucydide a employé *πρόφασις* au sens de cause». Como todos sabemos, la significación de este término es el punto de partida de la tesis de Weidauer, tesis que, últimamente, ha conocido fuertes rechazos.

⁵ En general, cf. Kl. Weidauer, *Thukydides und die Hipp. Schriften*, Heidelberg 1954. El trabajo de A. Parry («The language of Thucydides' description of the plague», *Bull. of the Inst. of class. Studies*, Londres 1968, p. 106 ss.) pretende ser una réplica al estudio antes citado de Page, quien realizó un análisis a fondo de la terminología hipocrática empleada por Tucídides en su descripción, aunque no se limita a este aspecto, como tampoco Parry, quien llega a la conclusión de que «Thucydides, like Plato, had something of an abhorrence, or an aristocratic disdain for technical terminology» (p. 113), tras sostener que en Tucídides no hay ni un solo término que sea exclusivamente técnico y propio de la terminología técnica de Hipócrates. Más tarde (p. 115) pretende explicar el carácter no técnico de la descripción tucidídea de la peste aduciendo que fue imitado, aparte de por historiadores, por poetas. El hecho es cierto: han imitado este texto, directa o indirectamente, historiadores como Diodoro (XIV 7 ss.), Livio (XXV 26 ss.), Dionisio de Halicarnaso (*Arch.* X 53), Procopio (*De Bello Persico* II 22) y poetas como Virgilio (en las *Geórgicas*) y Ovidio, junto a la cita más directa, que es la de Lucrecio (VI 1090 ss.). Pero creo que A. Parry, al reaccionar contra la *communis opinio* existente, ha exagerado la nota. Cabría preguntarse hasta qué punto hay ya una terminología perfectamente elaborada en el *Corpus* (se notan, en muchos aspectos, fluctuaciones en el empleo de términos como *νόσος/νόσημα*, según se ha señalado recientemente).

⁶ *Die Geschichtsschreibung des Thukydides*, Berlín 1935. El trabajo de E. Kapp apareció en *Gnomon*, 1930, y se incluyó en sus *Ausgewählte Schriften*, Berlín 1968, p. 7 ss.

⁷ Gal. XVIII 1 K.

⁸ F. Robert, «Prophasis» (*Rev. des Ét. Grecques* 89, 1976, p. 317 ss.). El trabajo recoge la anterior bibliografía y la discute en detalle.

En 1965 el profesor Lichtenhaeler ensayó un nuevo camino⁹: partiendo de la aceptación hipotética del punto de vista de Weidauer (esto es, que hay una profunda influencia del pensamiento hipocrático en Tucídides y en su concepción de la *Historia*), realiza, al tiempo, un análisis profundo de las ideas del filólogo alemán, para llegar a la conclusión de que Hipócrates no es el maestro de Tucídides, y de que Tucídides manifiesta una gran independencia de criterio frente a Hipócrates. pero también es sabido que la tesis de Lichtenhaeler ha sido sometida a fuertes críticas por parte de A. Rivier¹⁰.

Ahora bien, sea la que sea la actitud que podamos adoptar frente al problema de las relaciones entre Hipócrates y Tucídides, hay que poner de relieve el hecho, antes apuntado, de que, con escasísimas excepciones —la de A. Parry— los filólogos están de acuerdo en aceptar que hay una relación, al menos, entre la descripción tucidídea de la peste y algunos pasajes de Hipócrates, en especial *Epidemias* III y *Pronóstico*. Llegado a este punto, hay que poner mucha atención a un hecho que creemos importante: que tal descripción no es un cuadro aislado en el conjunto del libro II, ni en la totalidad de la obra. Para valorar como es debido al pasaje —que se ha hecho famoso con razón— hay que tener muy en cuenta que antes y después de este magnífico cuadro, hay otros pasajes, importantes asimismo, y que constituyen como las columnas que sostienen esta magnífica bóveda que es la descripción de la epidemia. Se trata, de un lado, del *logos epitaphios*, y, después, del pasaje de la muerte y del elogio fúnebre de Pericles.

A propósito del epitafio H. Flashar¹¹ ha insistido sobre este punto concreto. Y aunque no estemos de acuerdo sobre la tesis central defendida por este crítico alemán¹², sí es cierto, creemos, que existe un lazo lógico y estilístico entre la peste y el epitafio. Como escribe Flashar, «die entscheidende Frage ist nun die, was bedeutet, wenn Thukydides, nach der völligen Zerstörung der Macht Athens, eben diese Macht den Perikles so überaus stolz preisen lässt, in den er die Schilderung der athenischen Wesensart in einem prächtigen Bild von der gewaltigen überallhin reichenden Macht Athens geradezu gipfeln lässt»¹³.

⁹ *Thucydide et Hippocrate vus par un historien-médecin*, Ginebra 1965 (y mi reseña en *Bol. Inst. Est. Hel.* 2, 1968, p. 75).

¹⁰ Cf. *Museum Helveticum* 26, 1969, p. 129 ss.

¹¹ *Der Epitaphios des Perikles*, Haidelberg 1969.

¹² Cf. mi reseña en *Bol. Inst. Est. Hel.* 4, 1970, p. 76 ss.

¹³ Flashar, p. 7.

El problema es, pues, creemos, de cierta importancia para comprender no sólo este texto concreto, sino también para descubrir todo el sentido de la *Historia* tucídidea. ¿Por qué ha sentido Tucídides la necesidad de insertar, entre los hechos de este año, la descripción completa de la peste que privó a Atenas del hombre más importante de su vida política, una epidemia, que, por otra parte, ha tenido —como el autor no deja de demostrar— unos efectos tan devastadores sobre la moralidad y la vida espiritual de Atenas, y de Grecia entera? Sin duda, hay una respuesta banal: la peste era un hecho demasiado importante como para pasarla en silencio. Pero es que, cuando se trata de Tucídides, tal respuesta no puede satisfacerlos. El historiador escoge constantemente aquello que es «historiable» (por usar el término de Américo Castro) de aquello que, a sus ojos, no lo es. En algunos casos —estamos tentados a escribir siempre— escoge un hecho concreto no por su importancia objetiva, sino porque su pensamiento lo concibe como lleno de un sentido especial y concreto. No hay más que pensar en la importancia que ha concedido en el asunto de Melos. Se trataba, sin duda, de un hecho secundario, pero el pensamiento dialéctico de nuestro historiador ha querido dotarlo de una significación transcendente. No olvidemos lo que Romilly ha escrito: «[en Tucídides] tout y est voulu. Chaque mot, chaque remarque est distinguée par lui et imposée par lui»¹⁴.

Reducido a su verdadero sentido, creemos que eso no significa sino que, en nuestro historiador, hay una intención literaria que se halla presente por doquier. Y utilizamos el término 'literario' con toda intención. Hay, en efecto, una corriente interpretativa (que parte de Finley y de Romilly, e incluso, yendo más arriba, de Cornford)¹⁵, representada hoy por críticos como Kitto, V. Hunter y Rawlings¹⁶. Tal corriente intenta descubrir en Tucídides, al tiempo que el historiador, el poeta, el artista. Pero este método no significa —como algunos, entre ellos Hunter y Wallace, han pretendido—, que haya que olvidar al historiador¹⁷, o que Tucídides es no un historiador, sino exclusivamente un poeta, sin más. De lo que se trata, por medio de ese método, bien aplicado, es de descubrir en Tucídides, al tiempo que al historiador, al artista.

¹⁴ *Histoire et raison chez Thucydide*, París 1956, p. 12.

¹⁵ *Thucydides mythistoricus*, Londres 1907.

¹⁶ H.D.F. Kitto, *Poiêsis. Structure and thought*, Berkeley-Los Angeles 1966, p. 257 ss.; V. Hunter, *Thucydides, the artful reporter*, Toronto 1973; H.R. Rawlings, *The structure of Thucydides' History*, Princeton 1981.

¹⁷ Véanse las palabras de V. Hunter, *op. cit.*; también W.P. Wallace, *Phoenix* 18, 1964, p. 251 ss.

Ahora bien, que Tucídides conocía la tradición literaria griega es un hecho que no necesita demostración. Lo que ocurre es que el historiador sabe utilizar esta tradición de un modo muy personal. Compárese, por ejemplo, el uso que hace Tucídides de los datos homéricos en la Arqueología¹⁸. Otros críticos han ido más lejos, postulando un influjo de la poesía sobre el historiador. Cornford, por ejemplo, insistió en el influjo de los esquemas mentales de Esquilo sobre el historiador. Volveremos más tarde sobre el tema.

Ahora bien, en esa tradición poética está el paralelismo entre la política y la medicina, tema que aparece en un texto tucidídeo muy bien estudiado recientemente por Jouanna¹⁹: se trata del discurso de Nicias en el libro VI, donde el orador se dirige al presidente de la Asamblea ateniense y le dice: «Sé el médico de la ciudad, en un momento en que ésta no ha tomado una buena decisión; que el buen magistrado es el que rinde más servicios a su patria, o, al menos, no le causa deliberadamente ningún daño»²⁰. Al poner en labios de Nicias expresiones de este tipo, Tucídides actuaba de acuerdo con la tradición helénica, en la que el empleo de metáforas médicas es un hecho constante. Y no me refiero aquí sólo a las metáforas tomadas del campo de la medicina²¹, fenómeno constante, por ejemplo, en la tragedia, sino al paralelismo entre la vida socio-política, de un lado, y la salud y la medicina de otro.

En la *Pít.* IV, Píndaro se dirige al rey Arcesilas para proponerle que perdone a Demófilo, que, a consecuencia de ciertas desavenencias con el rey, se exilió al extranjero. Píndaro le dice:

Tú eres el senador más oportuno, y Peán te honra con su luz. Es preciso que apliques tu suave mano para cuidar la herida de la llaga²².

Es decir, el rey Arcesilas es un médico, y debe actuar como tal.

¹⁸ Bien estudiada por Romilly, *op. cit.*, p. 244 ss. Y sobre la Arqueología el trabajo más reciente de Juan J. Moralejo (en el volumen colectivo *Nuevos estudios de literatura griega*, Cuadernos de la Fundación Pastor, 27, Madrid 1981, p. 11 ss.).

¹⁹ «Politique et médecine» (en el volumen colectivo *Hippocratica*, París 1980, p. 299 ss.).

²⁰ Cf. la larga nota sobre la oposición $\omega\phi\epsilon\lambda\epsilon\iota\nu/\beta\lambda\acute{\alpha}\pi\tau\epsilon\iota\nu$ en el art. de Jouanna citado, p. 301 ss.

²¹ El tema ha sido abordado en múltiples ocasiones, empezando por el curioso estudio de Psichari, «Sophocle et Hippocrate» (*Rev. de Phil.* 32, 1908, p. 95 ss.), y prosiguiendo en estudios como R.F. Goheen, *The imagery of Sophocles' Antigone*, Princeton 1951, y B.M.W. Knox, *Oedipus at Thebes*, Londres 1957.

²² *Pyth.* IV 270 s.: cito por la versión de Bádenas-Bernabé (Madrid 1984).

En el *Agamenón* de Esquilo, el rey, a su regreso de Troya, habla de los cambios que hay que imponer a la ciudad.

Por lo que toca a la ciudad y los dioses
lo habremos de tratar en la asamblea,
en público debate, procurando
que lo que es bueno se prolongue, y si
algo exige aplicar duros remedios,
hemos de procurar, con gran cuidado,
expulsarlo, quemando o bien cortando²³.

Se trata, por tanto, de un médico que debe actuar como tal, aplicando los remedios apropiados.

En el *Prometeo*²⁴ el enemigo de Zeus emplea el término νόσημα para aplicarlo a los trastornos de la vida política:

ἔνεστι γάρ πως τοῦτο τῇ τυραννίδι
νόσημα, τοῖς φίλοις μὴ πεποιθέναι.

En este mismo orden de ideas, hay un texto que nos interesa de un modo especial. Cuando, en el *Edipo Rey* de Sófocles, el hijo de Layo se dirige a sus conciudadanos —que se han dirigido a él en busca de auxilio en la peste que asola Tebas— mediante unos empleos lingüísticos muy significativos. El texto es bien conocido, pero es preciso insistir en él porque creemos que en sus palabras hay una ironía trágica que suele escapar a los exegetas. Las palabras de Edipo son²⁵:

καὶ νοσοῦντες, ὥς ἐγὼ
οὐκ ἔστιν ὑμῶν ὅστις ἐξ ἴσου νοσεῖ.

Pero una traducción normal no puede reflejar la profundidad del texto en cuestión, porque el término νοσεῖ tiene aquí un sentido doble: de un lado un sentido real —se sufre bajo los efectos de la peste— y, de otro, un sentido figurado: en la ciudad hay conflictos, problemas. Pero, además, subyace aquí un sentido irónico: nadie en Tebas hay más contaminado que el rey²⁵. Es él, Edipo, el que ha ensuciado su propio cuerpo con la muerte de Layo.

En suma, el paralelismo política-medicina era bien conocido en la época en que Tucídides escribía su obra.

²³ Esquilo, *Agamenón* 844 ss. Cito por mi versión (Madrid 1984).

²⁴ V. 224 s. Cf. también Sófocles, *Ayax* 582, *Antígona* 1015.

²⁵ *O.T.* 60 s.

En su libro *Thucydide et Hippocrate*, el profesor Lichtenhaeler sostiene la tesis de una independencia del historiador respecto al médico, pero sin negar la aportación hipocrática que pueda haber en la descripción de la peste. Para formular su tesis, comienza Lichtenhaeler por descubrir algunas concordancias —y también algunas discordancias— entre el método de Tucídides y el de Hipócrates, en especial en *Epidemias* III y *Pronóstico*. El autor encuentra que hay algunos elementos que le permiten suponer una independencia del historiador. Sobre todo, la idea de «contagio» y la forma con que Tucídides habla de los que morían durante la peste. He aquí las palabras textuales de Lichtenhaeler:

Quels sont les verbes usités par les deux auteurs pour dire qu'on meurt? Nous constatons que trois verbes se retrouvent de part et d'autre avec une fréquence similaire: θνήσκω est le plus courant: sept fois dans la peste et dix-sept dans les *Epidémies* III et I. ἀπόλλυμι est plus rare: deux fois dans la peste, sept fois dans les *Epidémies*. κτείνω en fin ne se lit qu'une seule fois dans la peste et quatre fois dans les *Epidémies*. Après ce parallèle, sans doute fortuit, notons, encore, quelques observations sur ce thème: ἀποθνήσκω ne se voit qu'une fois dans la peste; il est très courant, par contre, dans les deux *Epidémies*... Un dernier verbe nous retiendra, dans cet ordre d'idées: διαφθείρω. On ne le lit jamais dans les deux *Epidémies* mais cinq fois dans la peste. Nous pouvons l'expliquer par la gravité exceptionnelle de l'épidémie: les malades ne mouraient pas, ils étaient *corrompus*, détruits, par la violence du mal. A trois reprises, Thucydide parle de cette peste comme d'un φθόρος, ou d'une διαφθορά, d'une destruction, d'un anéantissement. φθόρος ne se voit qu'ici dans les *Histoires*...²⁶

Hasta aquí Lichtenhaeler. Pero volvamos al *Edipo Rey*. En el agón que tiene lugar entre el rey y Tiresias, éste acusa a Edipo de ser el asesino de Layo. Y cuando el rey y Creonte discuten, en un pasaje posterior, Edipo proclama que si el viejo Tiresias no hubiese conjurado con él, con Creonte, no habría osado hacer tamaña acusación²⁷.

εἰ μὴ σοὶ ξυνῆλθε τὰς ἐμάς
οὐκ ἂν ποτ' εἶπε Λαῖου διαφθοράς.

La cosa, a nuestros ojos, está clara: para decir «asesinato», Sófocles emplea el término διαφθορά, que tanto impresionaba a Lichtenhaeler por su aparición en Tucídides. Y no es ésta la única correspondencia que se puede hallar entre el trágico y el historiador. Hay otras, y más significativas:

²⁶ *Op. cit.*, p. 38.

²⁷ Sófocles, *O.T.* 572 s.

En su comentario al *Edipo Rey*, Kamerbeek afirma que la idea sofóclea de introducir la peste en la tragedia pudo habérsela inspirado la *Iliada*: «The loimós may have belonged to the tradition, though we have nothing to corroborate this; alternatively, the poet may have taken this idea from the *Iliad*»²⁸. Ahora bien, los detalles de la peste iliádica son casi inexistentes en el texto homérico. En todo caso, la única idea que pudo Sófocles tomar de Homero fue el hecho de insertar una peste en el mito. Pero no podemos olvidar que Sófocles ha conocido la peste de 430-429. No tenía ninguna necesidad de ir a buscarla en la tradición poética. Le bastaba con buscar en su memoria y reproducir las experiencias sufridas por él durante la epidemia.

Aquí conviene que volvamos a la tendencia que hoy se está abriendo camino y que consiste en interpretar la *Historia* de Tucídides como una obra de arte. Es desde esta perspectiva como debemos considerar la obra del historiador. Y toda la gran construcción que constituye el libro II contiene la descripción de la peste como un todo organizado, como una composición cuyo principio artístico es el del *contraste*, elemento que otros críticos han descubierto ya en otros aspectos de su obra. No ha dejado de observarse, por ejemplo, que a la grandiosa escena del *logos epitaphios* siga, sin solución de continuidad, la terrible descripción de la epidemia²⁹. ¿Por qué este hecho? Una respuesta poco inteligente —y que no haría honor a las dotes artísticas y dialécticas de Tucídides— podría consistir en afirmar que, efectivamente, en la serie de sucesos históricos reales, la peste se presentó en Atenas después de la pronunciación del *logos epitaphios* por parte de Pericles. Kitto, con todo su profundo sentido del arte tucidídeo, ha rebatido esta posible contestación³⁰.

²⁸ Kamerbeek, *The plays of Sophocles*, II, Leyden 1967, *ad. loc.*

²⁹ El hecho ha sido señalado, por ejemplo, por Kitto, p. 288. Véase asimismo Gomme, *The Greek Attitude to Poetry and History*, Berkeley 1954, p. 116 s., y Flashar, *op. cit.*, p. 10.

³⁰ Vale la pena citar *in extenso* las palabras de Kitto: «That would not be quite true: it did happen like that, but it is Thucydides who made it look like this. For one thing, we know, because Thucydides tells us, that an *epitaphios* was delivered every year during the war: this is the only one that even mentions; the others were carved away. Then, the speech is delivered, say, in March; the plague broke out, say, in July. What happened in the interval? We may guess: one or two debates in the Assembly, certain dealings with allies or neutrals, some financial or administrative measures —small beer perhaps, but beer nevertheless. A different historian might have diligently recorded all this: the *Epitaphios* (one out of twenty in his complete work), then a lot of detail, and finally the plague. He would have set down 'what happened', but it would look entirely different; it would lack the arresting perspectives that we find in Thucydides» (*op. cit.*, p. 288).

¿Cuál ha sido, pues, la intención del *epitaphios*? Los críticos están, prácticamente, de acuerdo en este punto: es un himno a la grandeza material y cultural de Atenas, simbolizada aquí por el propio Pericles. Para Pohlenz, es «um hohen Lied des perikleischen Ideals»³¹, un elogio a la personalidad de Pericles («eine Huldigung von der Persönlichkeit des Perikles»)³²; o, como sostiene Romilly³³, un discurso lleno de simpatía por las ideas del estadista. La solución propuesta por Flashar³⁴ no la compartimos.

Nos parece que se debe a la gran sensibilidad artística de Tucídides el que éste haya hecho seguir la descripción de la peste inmediatamente después del epitafio. La epidemia es un hecho que no podía ser previsto desde una perspectiva humana. Y Pericles mismo lo afirma³⁵. Pero es un hecho en el que, en alguna medida, Pericles tiene una cierta responsabilidad, puesto que la guerra estalló porque no quiso aceptar el ultimátum espartano que exigía la purificación del crimen cilónico, en el que Pericles se veía implicado en su calidad de Alcmeónida³⁶.

Además, en esta peste hay una serie de elementos que conviene señalar: los medios racionales (y, en primer término, los médicos), resultaron tan impotentes como los religiosos³⁷. Los hombres morían como rebaños³⁸, vencidos por una enfermedad que ofrecía, entre sus síntomas, una fiebre insoportable y que, según el historiador, se propagaba por contagio³⁹, como ha señalado Lichtenhaeler⁴⁰. Y, lo que es peor, pero que interesa mucho a Tucídides, esta peste tuvo terribles consecuencias morales para Atenas⁴¹. La peste, en fin, arrebató a Atenas su figura más importante, Pericles, del cual el historiador hace un maravilloso elogio póstumo.

Ahora bien, si pasamos al *Edipo Rey* podremos descubrir una serie importante de paralelismos con la narración tucidídea: la peste de Tebas, evocada ya en los primeros versos de la tragedia, y, sobre todo, en la *páro-*

³¹ Pohlenz, *Thukydidesstudien* (*Kleine Schriften*, II, 1965, p. 240).

³² Id., II, p. 241.

³³ Romilly, *Thucydide et l'impérialisme athénien*, París 1947, p. 130.

³⁴ *Op. cit.*, p. 10.

³⁵ Thuc. II 60.

³⁶ Cf. Thuc. I 127, 1: τοῦτο δὴ τὸ ἄγος οἱ Λακεδαιμόνιοι ἐκέλευον ἐλαύνειν δῆθεν τοῖς θεοῖς πρῶτον τιμωροῦντες, εἰδότες δὲ Περικλέα τὸν Ξανθίππου προσεχόμενον αὐτῷ κατὰ τὴν μητέρα.

³⁷ Thuc. II 51, 1: ἔν τε οὐδὲν κατέστη ἱάμα.

³⁸ Thuc. II 51, 4: ὥσπερ τὰ πρόβατα ἐθνησκον.

³⁹ *Ibid.* εἴτε προσίοιεν, διεφθείροντο.

⁴⁰ *Op. cit.*, p. 40.

⁴¹ Thuc. II 53.

dos del coro, tiene una raíz religiosa, la muerte de Layo. Ahora bien, conviene no olvidar que desde los primeros versos el poeta insiste en la grandeza de Edipo, en su inteligencia casi sobrehumana. Es presentado como el salvador, el conductor del pueblo tebano. Es, para los tebanos, *ὁ πᾶσι κλεινὸς Οἰδίπους καλούμενος*, «el muy ilustre Edipo a los ojos de todos»⁴², el que salvó a la ciudad en la desgracia, el casi igual a los dioses. Pero este hombre maravilloso y único, al final de la tragedia, será llamado el más desgraciado de todos los mortales⁴³:

El profesor Kitto ha sabido resumir también el sentido profundo de esta parte de la pieza: «He is the great and devoted king, almost godlike in his eminence, intelligence, wisdom; he is as remote can be from the public calamity... Next the plague is described»⁴⁴.

La peste descrita por Sófocles se propaga por contagio, y, entre sus síntomas, hay una fiebre muy fuerte que la caracteriza. No hay, además, medio alguno para acabar con el mal⁴⁵.

⁴² O.T. 8.

⁴³ O.T. 1196 ss.:

ὅστις καὶ ὑπερβολὰν
τοξεύσας ἐκράτησας τοῦ
πάντ' εὐδαίμονος δλβου...
τανῦν δ' ἀκούειν τίς ἀθλιώτερος;

Teniendo como un ejemplo
tu destino, infortunado
Edipo, a mortal ninguno
tengo por dichoso.
Apuntó demasiado
alto, alcanzaron sus flechas
una total fortuna,
oh Zeus, y destruyó
a la cantora de garras
encorvadas, siendo para
mi ciudad un baluarte.
Por eso te proclamaron
soberano y gran honor
conseguiste siendo rey
de la grande ciudad de Tebas.
¿Y a quién más infeliz hoy juzgaremos...?

⁴⁴ Kitto, p. 207.

⁴⁵ O.T. 180 s.:

νηλέα δὲ γένεθλα πρὸς πέδῳ
θανατοφόρα κεῖται ἀνοίκτως.

Que Pericles es, como Edipo, una figura trágica, es una idea que surge de la comparación de esta tragedia con el destino del estadista tucídideo. Tebas (y Edipo) es una ciudad trágica también. Y, como ha escrito asimismo el profesor Lichtenhaeler:

Athènes, cité tragique: voilà ce que Thucydide a voulu montrer à l'occasion de la mort de Périclès. C'est pour faire sentir le tragique de ces événements que Thucydide en a présenté tous les traits essentiels et qu'il a conduit ses lecteurs, avec une hâte concertée, de l'exhortation de Périclès aux Athéniens, après la peste, à la mort de Périclès et à la fin de l'hégémonie athenienne⁴⁶.

Se trata, sencillamente, para concluir, de insistir en el fondo trágico de la *Historia* de Tucídides. Que hay un fondo esquileo, trágico, pues, en la concepción de la historia de Tucídides es una tesis que defendió, hace ya muchos lustros, el profesor Cornford. Pero no es haciendo de Tucídides un *mythohistoricus* —como quería Cornford— como se resuelve el problema. Y si Cornford lo ha querido hacer esquileo, Finley quiso hacerlo, en cierta medida, un euripídeo⁴⁷. ¿Se me permitirá sostener, para redondear el cuadro, que más bien lo creo un historiador cortado a la medida sofóclea?

Hay, en efecto, en la *Historia* de Tucídides dos momentos en los cuales domina una ἀμυχανία trágica, y los dos a propósito de Atenas: uno es la suerte de Pericles (o de Atenas, que él simboliza); el otro, la monografía siciliana. Ya hemos hablado del primero. A propósito del segundo, es sobre todo la forma que Tucídides ha dado a la narración de esa empresa siciliana lo que la convierte en un acto trágico. Atenas acepta seguir su propio *daimon* (el imperialismo), y sigue los consejos de Alcibiades, pese a las protestas del más prudente Nicias. Como Áyax, como Edipo, como Antígona y como Electra, Atenas actúa de acuerdo con su impulso interior. Y cae vencida, contra todo lo que se podía esperar...

Para terminar: no pretendemos sostener la tesis extrema que pretende hacer de Tucídides un *poiêtês* que organiza todos los hechos de acuerdo con su soberano capricho. Por otra parte, hay que aceptar que el influjo del *Corpus* hipocrático es claro, sobre todo en la descripción de la peste. Eso contra A. Parry. Tucídides, siempre abierto a las nuevas ideas de su tiempo. La Sofística ha dejado su impronta en su obra. La medicina, también. Pero más allá del influjo científico, Tucídides es un gran artista, no porque disponga los hechos según su propio capricho, sino porque ve en

⁴⁶ *Op. cit.*, p. 126.

⁴⁷ D.H. Finley, *Three Essays on Thucydides*, Cambridge, Mass., 1947.

ellos las posibilidades poéticas, artísticas de sus materiales, que le permiten, sin violentar los hechos, dar un sentido superior a lo que narra. Por ello, y no por otra razón, su obra es un *κτῆμα ἐς αἰί*. Como lo ha formulado Gomme⁴⁸:

In good history, there is, inevitably, both, science and art, and modern scholars are quite wrong in saying, or implying, that one is, practically speaking, incompatible with the other. The historian, in his narrative, cannot help being an artist, a good, or, alas, so often, a bad one.

JOSÉ ALSINA

⁴⁸ *Op. cit.*, p. 126. [En un trabajo juvenil, mi discípula E. Vintro realizó un primer intento por establecer una comparación entre Sófocles y Tucídides a propósito de la peste (publicado en *Bol. Inst. Est. Hel.* 2, 1968, p. 57 s.) que he intentado desarrollar y justificar. Quede constancia del hecho.]